

[Otra edición en: en *Homenaje a D. Domingo Fletcher 1*, *Archivo de Prehistoria Levantina*, 17, 1987, 177-198 (también en J.M.^a Blázquez, *Religiones en la España antigua*, Madrid, Cátedra, 1991, 235-251). Versión digital por cortesía de los autores, como parte de la *Obra Completa* del Prof. Blázquez, revisada de nuevo bajo su supervisión y con la cita de la paginación original.]

© Texto, J. M.^a Blázquez Martínez - M.^a Paz García-Gelabert

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

La necrópolis del Estacar de Robarinas, Castulo: tipología de los enterramientos

J. M.^a Blázquez Martínez - M.^a Paz García-Gelabert

[-177→]

Las necrópolis de la Alta Andalucía hasta hace pocos años apenas habían sido estudiadas con el detenimiento que unos monumentos de este tipo requiere, ni puestos en valor los rasgos exhumados. Afortunadamente las tendencias actuales, considerando la enorme importancia que encierran los recintos sepulcrales, tienden a ocuparse detenidamente de los mismos. No sólo se valoran las estructuras y la modalidad de enterramiento, sino que el investigador, durante los trabajos de campo, recoge el mayor número de muestras susceptible de estudio, que posteriormente son analizadas en laboratorio por los correspondientes expertos. De esta forma se recrea el ambiente original en el que se encontraba enmarcada la necrópolis tratada y aún más, medio y forma en que se desarrolló la vida en la época en que la misma funcionaba. El carbón, el polen, las tierras, la cerámica, los metales, la micro/macro fauna, además, obviamente, de los restos óseos humanos, aportan una serie de datos que convergen en el estudio general, componiendo el cuadro, si no de la vida cotidiana de la sociedad que la construyó, sí al menos una aproximación a su organización socioeconómica.

En Castulo las últimas excavaciones efectuadas (1982-1983) lo fueron en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», situada al Oeste de la ciudad, sobre la primera terraza cuaternaria del río Guadalimar, [-177→178-] limitada por la curva de nivel de 200 metros, y a una altura de 20 metros sobre el nivel del río, en una zona amesetada que se eleva hacia el Norte hasta 300 metros. Se llevaron a cabo conforme a una rígida línea de trabajo dirigido hacia dos frentes complementarios: estudio de las estructuras funerarias y análisis ambiental y socioeconómico. Con ello se espera recobrar la información que hasta ahora no ha podido suministrar el poblado referido a la época de esplendor de los oretanos, es decir, los siglos V-IV a. C. Como hemos repetido en numerosas ocasiones, las viviendas aún no se han localizado, pese a los numerosos sondeos efectuados en el área de la ciudad, aunque podemos suponer se ubica, al menos la cimentación, bajo los muros del posterior poblamiento romano. Ello no ha de extrañar si tenemos en cuenta que la sociedad oretana, aún rica, se hallaba en un estado medio de desarrollo, que derivaría lógicamente hacia una sociedad compleja, si la conquista romana no hubiera impedido su normal evolución. Este precario desarrollo implicaba sin duda lugares de habitación construidos con materiales en muchos casos perecederos, al menos paredes y cubiertas. Si a ello añadimos la ocupación intensa de la zona por un número importante de comerciantes, funcionarios y militares romanos, en función de la explotación de las minas de plata, tendremos los factores más importantes que abocaron a la desaparición del poblado prerromano.

Es por ello que las necrópolis que rodean Castulo prácticamente por los cuatro puntos cardinales, la mayoría con una cronología similar, finales del siglo V mediados del IV a. C., son un documento de valor inapreciable para conocer el grado de civilización oretana.

En esta comunicación nos vamos a ceñir a un análisis tipológico de las estructuras funerarias que hallamos en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», aún en fase de excavación, a pesar de haber empleado en la misma cuatro campañas ¹. La tipología de [-178→179-] enterramientos, unida a los datos aportados por las muestras referidas arriba y, su posterior elaboración, creemos podrán completar el cuadro general que ya tenemos esbozado.

Como punto de comparación trataremos asimismo las restantes necrópolis del área, es decir, «Los Patos», «Baños de la Muela», «Molino de Calдона», «Casablanca» y el túmulo de los «Higuerones» ², todas ellas coetáneas.

Con el resto de las necrópolis, lo mismo de la Alta Andalucía que de otros puntos de la Península relacionados con esta región, como es el SE. y Levante, por el momento no insistiremos en paralelizar más que lo preciso nuestras estructuras, puesto que aún carecemos de la amplitud de perspectiva necesaria para que el establecerlos pueda ser de valor científico.

Durante 1982 y 1983 se excavaron en Robarinas 872 m² en un primer bloque que podríamos denominar núcleo central, al Norte del espacio excavado en las campañas de 1973 y 1976, a más de otros 21 m² a unos 400 metros, aproximadamente, al Este.

La estratigrafía general es muy sencilla:

Estrato I: Suelo de base compuesto de gravas, arenas, limos y especialmente conglomerados sueltos de gruesos cantos silíceos, englobados en un cemento arcilloso muy duro.

Estrato II: Nivel de construcción de la fase arcaica de la necrópolis.

Estrato III: Nivel de construcción de la fase moderna. En algunas [-179→180-] ocasiones estas sepulturas se erigieron sobre las antiguas, deteriorando sus paredes y ajuares.

¹ Las dos primeras campañas, realizadas en 1973 y 1976, se hallan publicadas en: J. M.^a Blázquez Martínez y J. Remesal Rodríguez: «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en J. M.^a Blázquez Martínez: «Castulo, II», Excavaciones Arqueológicas en España, 105, Madrid, 1979, págs. 347-395. Las campañas de 1982 y 1983 se publicarán en fecha próxima. Otros estudios sobre la necrópolis citada en: J. M.^a Blázquez Martínez y J. Remesal Rodríguez: «Hallazgos en la necrópolis oretana de Castulo», en Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, págs. 639-658. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «Análisis de los pavimentos de cantos rodados en Castulo (Jaén)», en Revista de Arqueología, año VI, núm. 51, Madrid, 1985, págs. 13-22. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «Nueva campaña de excavaciones de la necrópolis del Estacar de Robarinas, Castulo, Linares», en Crónica del XVII Congreso Nacional de Arqueología (Murcia, 1984), en prensa. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «Estudio de un broche de cinturón de la necrópolis de El Estacar de Robarinas (Castulo, Linares)», Salamanca, 1984. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «La necrópolis de El Estacar de Robarinas: Influencias griegas en Castulo», Málaga, 1984. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Castulo (Jaén)», en mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos en España, Madrid, 1985. J. M.^a Blázquez Martínez y M.^a P. García-Gelabert Pérez: «Estudio de los fragmentos escultóricos hallados en la necrópolis de El Estacar de Robarinas, Castulo», en Archivo Español de Arqueología, núm. 57, Madrid, 1985, en prensa.

² La necrópolis de «Los Patos», «Baños de la Muela» y «Casablanca», en: J. M.^a Blázquez Martínez: «Castulo, I», en Acta Archaeológica Hispana, 8, Madrid, 1975, págs. 41-226. La del «Molino de Calдона», en: A. Arribas Palau y F. Molina González: «La necrópolis ibérica del Molino de Calдона (finca Torrubia)», en Oretania, núms. 28-33, Linares, 1968-69. Y el túmulo de «Los Higuerones», en: J. R. Sánchez Meseguer: «Los Higuerones», en J. M.^a Blázquez, op. cit. en primer lugar de esta nota, págs. 416-426.

Estrato IV: Nivel sin significación cultural, compuesto por el material superior de la fase moderna, destruido y revuelto por los agentes exteriores.

Estrato V: Nivel superficial, humus.

La fase más arcaica se asienta sobre un suelo artificial, previamente preparado sobre el estrato de base, compuesto de arcilla rojiza, muy pura, apisonada, que a veces toma una especial dureza, característica indicativa de haber estado sometida a la acción de un fuego. Esta disposición previa a la recepción de los cadáveres, confeccionando un piso artificial es muy común, y puede observarse en necrópolis anteriores, como las de Pozo Moro, Medellín o Setefilla, entre otras —hacia el 500 a. C., mediados siglos VI-V a. C., y fines siglo VII, principios del siglo VI a. C., respectivamente—³, también en las necrópolis contemporáneas de Castellones de Ceal y Baza⁴, y en las tumbas de empedrado tumular de las áreas sepulcrales del SE. y Levante, contemporáneas y posteriores⁵. En las ya citadas necrópolis coetáneas de Castulo se da la misma tónica⁶. [-180→181-]

La superficie investigada parece representar alrededor de una cuarta parte de la extensión total de la necrópolis, a juzgar por los testigos de enterramientos que mediante prospecciones se han detectado en diversos puntos hacia el Norte, Este y Oeste. Por esta circunstancia es prematuro apuntar hacia una posible ordenación de las sepulturas, hasta que no se posea una más amplia visión de conjunto. Por el estudio del área tratada se puede adelantar que no siguen un patrón definido. Por el momento la articulación de unas con otras se presenta anárquica, no observándose en absoluto una agrupación por tipos que pudiera indicar que unos determinados se asocian, lo que sería testigo de alguna ordenación basada en grupos familiares, oficios o simplemente sexos. Sí, en cambio, se advierte fácilmente una orientación del total de los enterramientos conforme a un eje Este-Oeste.

La posible valla o muro de cerramiento de la necrópolis, si la hubiere, aún no ha sido hallada por las circunstancias arriba señaladas. Únicamente la zona Sur, excavada en 1973 y 1976, sería susceptible de aportar este dato, mas la Memoria correspondiente no alude en absoluto al mismo, lo que implica que hacia este lado o no existía o desapareció al hallarse lindando con los cortados de la terraza. Determinados grupos de tumbas, especialmente las halladas en el cuadro A1 —la extensión excavada se cuadrículó, mar-

³ Véase, para «Pozo Moro»: M. Almagro Gorbea: «Informe sobre las excavaciones en Pozo Moro, Chinchilla (Albacete)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria*, 5, Madrid, 1976, págs. 377-383. M. Almagro Gorbea: «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», en *Trabajos de Prehistoria*, 35, Madrid, 1978, págs. 251-278. M. Almagro Gorbea: «Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica», en *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 13, Valencia, 1978, págs. 227-250. Para las demás necrópolis citadas, véase: M. Almagro Gorbea: «La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, 1971, págs. 159-202. M. Almagro Gorbea: «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV, Madrid, 1977. M.^a E. Aubet Semmler: «La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla», Programa de Investigaciones Protohistóricas dirigido por Juan Maluquer de Motes, II, Barcelona, 1975. M.^a E. Aubet Semmler: «La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla, Túmulo B», en Programa de Investigaciones Protohistóricas dirigido por Juan Maluquer de Motes, III, Barcelona, 1978. J. Maluquer de Motes y M.^a E. Aubet Semmler: «Andalucía y Extremadura», Barcelona, 1981.

⁴ Para Castellones de Ceal y Baza, véase: C. Fernández Chicarro y de Dios: «Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 6, Jaén, 1955, págs. 89-99. F. Presedo Velo: «La necrópolis de Baza», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 119, Madrid, 1982.

⁵ E. Cuadrado Díaz: «Las necrópolis peninsulares en la baja época de la cultura ibérica», en *La baja época de la cultura ibérica*, Madrid, 1979, pág. 61.

⁶ Véase la bibliografía citada en la nota 2.

cándose sondeos de 3 x 3 metros de lado, cuya denominación se realizó conforme a un sistema de letras y números según eje de coordenadas cartesianas—, se hallan cercadas por un encachado de cantos planos medianos, que parecen definir un recinto privado: uno de ellos, el más significativo contiene cuatro enterramientos, cada uno de los cuales corresponde a un tipo diferente, lo que es señal evidente que un tipo determinado no define un grupo familiar, si presuponemos que el cercado encierra los restos de una sola familia.

El rito de enterramiento documentado es el de la cremación. La única inhumación hallada se refiere a un cadáver colocado en posición fetal, directamente en tierra sin ningún ajuar, al Norte de lo que se interpretó como un túmulo escalonado⁷, nada se puede afirmar de este individuo, ni siquiera si corresponde a la misma época.

La cremación no se realizaba al parecer en el mismo lugar del enterramiento, pero sí cercano en *ustrina*. Se ha descubierto un *ustrinum* (lám. 4.1) en la zona NE., preparado como los sepulcros con una capa de arcilla pura de alrededor de 5 centímetros de grosor, extendida [-181→182-] sobre el suelo virgen, aquí totalmente calcinada. El *ustrinum*, de 2 metros de largo por 1 metro aproximadamente de ancho, orientado al igual que las sepulturas, Este-Oeste, estaba delimitado por un empedrado formado por tres hileras, colocadas de manera desigual, de cantos rodados y aristados, de tamaño medio, trabados con una ligera capa de tierra batida. Anterior a su construcción, siguiendo un rito que desconocemos, se depositaron tres vasos áticos, que como consecuencia de la colocación de la piedra se fracturaron en numerosos fragmentos. No creemos sea este el único *ustrinum* al servicio de la necrópolis, más bien parece estar asociado a aquel grupo de tumbas cercadas por el encachado de piedra plana, que describimos.

El cadáver era quemado a fuego intenso, suponemos que con su ajuar personal, aunque a veces parte del mismo no presenta huellas de haber estado en la pira, y los restos en ocasiones se tamizaban, lavaban, separaban de las cenizas y colocaban en urnas. Generalmente este tipo de enterramiento no suele presentar más que los restos limpios, hecho que también se observa en numerosas necrópolis, anteriores y contemporáneas (Setefilla, Frigiliana, la Joya, Rachgoun, Medellín, Baza, Castellones, Baños de la Muela, etc.). Creemos posible que la urna se envolviera en un lienzo como parecen probarlo los restos de tejidos adheridos a una vasija hallada en la excavación de 1973⁸, que se repite en otra expuesta en el Museo Provincial de Jaén.

Las cenizas, separadas de los restos óseos, pudieron arrojarse a un pozo practicado para tal fin, de forma circular, no muy regular, descubierto prácticamente en el centro de la zona excavada, de 1'27 metros de profundidad y 0'60 metros de diámetro, tanto las paredes como la base se recubrían con arcilla roja. Contenía una enorme cantidad de ceniza y carbón, muy sueltos. Los restos de carbón indican que el ramaje que prendió la pira pertenecía a alguna especie de *quercus*, aún no determinada claramente, vegetación climax mediterránea. Una vez colmatado el pozo se selló con una serie de lajas planas.

No es esta la forma única de tratar los huesos una vez incinerado el individuo, ya que es común, asimismo, que huesos, cenizas y ajuar se depositen en tierra previa excavación de una ligera cavidad, que se cubre con capa de arcilla. Depositado el producto de la cremación éste se protege con otra capa de arcilla de las mismas características que la primera, es decir, roja, muy pura y de un grosor aproximado de 5 centímetros. [-182→183-]

⁷ Blázquez Martínez y Remesal Rodríguez: Op. cit. en la nota 1, en primer lugar, pág. 365. Hallado en la campaña de 1973.

⁸ Blázquez Martínez y Remesal Rodríguez: Op. cit. en la nota 1, en primer lugar, pág. 368.

La tipología de los enterramientos se ha establecido en base al receptáculo de las incineraciones y a su estructura formal, de la que resultan ocho tipos primarios:

I. Tumba con estructura tumular, circundada por una cenefa de pequeños guijarros, a la que se asocia otra en ángulo.

II. Tumba de las mismas características que las del tipo I, mas sin segunda cenefa asociada.

III. Tumba circular de piedra.

IV. Tumba cuadrangular de piedra.

V. Cista.

VI. Tumba en fosa. VII. Enterramiento en urna. VIII. Grandes monumentos.

Tipo I

Los restos incinerados se depositaron en un pequeño hoyo excavado previamente, preparado como indicamos arriba. A continuación se levantó una construcción tumular, que parece tener aproximadamente 0'50 metros de alzado, no se conserva ninguna completa. Se compone de sillares de arenisca amarilla muy deleznable, a veces bien tallados y escuadrados, que alternan con piedra menuda. A ella rodea una cenefa de guijarros⁹, de pequeño tamaño, de color blanco o negro, la alternancia de ambos colores, así como la colocación puede formar dibujos geométricos simples, a base de ajedrezados, roleos, rombos, meandros, esvásticas, etc., que recuerdan las grecas de los vasos griegos muy abundantes en la necrópolis. La forma general suele ser cuadrada, de alrededor de 1 metro de lado. Este tipo de enterramiento lleva asociada otra cenefa de las mismas características constructivas y estilísticas que la primera, formando un ángulo con el vértice adyacente a uno de sus lados (lám. 1).

Generalmente este tipo, como el II, han sido violados de antiguo, por lo que es muy difícil hacer el inventario completo del ajuar que pudo acompañar al difunto. La mayoría de los objetos metálicos aquí [-183→184-] han desaparecido, si es que los hubo, y sólo restan fragmentos más o menos conservados de vasos griegos, de barniz rojo, grises, o comunes pintados.

El espacio circundado por la segunda cenefa nos lleva a pensar en la delimitación de un espacio dedicado a actividades rituales, dependientes de la tumba aneja.

Los vasos griegos ofrecidos como ajuar, *kylikes*, *oionochoai*, *kántharos*, *kratéres*, *skyphoi*, documentados en todas las necrópolis de la zona arqueológica de Castulo, así como en Galera, Baza, Castellones de Ceal, y en otros muchos contextos funerarios peninsulares, además de documentar un intenso comercio, pueden ser indicativos de los ritos realizados durante los funerales. Probablemente se elegían vasos con representaciones que obedecían a ritos que se daban en la realidad en los funerales. Los *kylikes* indican que se consumía el vino en los ritos funerarios, al igual que se hacía en los rituales etruscos, como se aprecia en la tumba del Varón en Tarquinia, datada hacia el año 510 a.C.¹⁰. Este ritual del vino explicaría satisfactoriamente la frecuencia con la que aparecen vasos griegos

⁹ Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez: «Análisis de los pavimentos...» y «Consideraciones...», citados en la nota 1. D. Fernández-Galiano y J. Valiente Malla: «Origen de los pavimentos hispánicos de guijarros», en Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, III, Madrid, 1983, págs. 21-45. D. Fernández-Galiano: «New light on the origin of floor mosaics», en *The Antiquaries Journal*, 62, Oxford, 1982. D. Fernández-Galiano: «Influencias orientales en la musivaria hispánica», en *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, 1984.

¹⁰ M. Sprenger et alii: «The Etruscan», Nueva York, 1983, láms. 96-97. M. Pallottino: «La peinture étrusque», Ginebra, 1952, págs. 50 y ss.

con escenas dionisiacas en las tumbas ibéricas¹¹. La presencia de pebeteros, señala el uso de aromas en el ritual funerario, que parece ser introducido en Occidente por los fenicios. Entre los semitas, como entre los judíos y griegos, el cadáver era lavado y perfumado y se quemaban aromas al depositarse en la tumba, todo exactamente a como pudo ser entre los oretanos, como se hizo con el rey judío Asa (2 Par. 16, 14): «se le puso en un lado lleno de aromas y perfumes, preparados según el arte de la perfumería y se quemó además en honor suyo una cantidad muy considerable de ellos» (también 2 PLart. 21, 19. Jer. 34, 5).

En Grecia, tanto en el período arcaico como clásico era frecuente sobre la tumba la ofrenda de bebidas y las comidas hechas en ella (*peri-deipnon*)¹². Estos espacios delimitados por la greca de guijarros bien pudieran haber sido dedicados a alguna de estas actividades. Los depósitos quemados que hemos descubierto, conteniendo cenizas, huesos de animales y tiosos de jarros o cuencos, son probablemente restos de estos banquetes rituales. [-184→185-]

Este tipo no lo hallamos en ninguna de las necrópolis de los alrededores y corresponde únicamente a la fase arcaica, en la que representa un 5'26 %.

Tipo II

Presenta idénticas características de tamaño, forma y contenido que el tipo I, exceptuando que carece del espacio sagrado que la cenefa en ángulo parece delimitar (láms. 1 y 2.1, 2).

El porcentaje de este tipo es el mayor con respecto a los restantes y se da tanto en la fase arcaica (31'57 %), como en la moderna (53'84 %).

Todas las tumbas fueron violadas de antiguo, sin duda debido a que el alzado del túmulo las haría muy visibles, por lo que únicamente han aportado ajuar cerámico. No obstante, es extraño que ni siquiera se haya podido recoger un fragmento metálico, lo que quizá pudo implicar que en ellas no se depositara armamento, que por lo fragmentado que aparece en otros recintos, bien pudo dejar algún leve indicio. La excepción es un enterramiento, el de mayor envergadura encontrado hasta ahora en la parte de necrópolis tratada, cuyas dimensiones suponen el doble del de los restantes de su mismo tipo. La cenefa que lo circunda dibuja una sucesión continua de triángulos, alternando los compuestos por cantos de color blanco, con los compuestos por cantos de color negro. Del vértice de los ángulos, hacia el exterior, surgen dos volutas, constituidas por dos bandas blancas y la central negra. Este elemento decorativo debió repetirse en las cuatro esquinas, pero a nosotros solamente han llegado dos de los lados que componen un ángulo. El ajuar, fue respetado, sin duda porque estaba descentrado del monumento, hecho que le hizo pasar desapercibido. No sabemos concretamente el «status» social del individuo allí depositado, pero por los datos que aporta el ajuar a él asociado, inferimos que debió tratarse de un guerrero, probablemente un mercenario procedente de las tribus de la Meseta, a juzgar por determinados elementos aparecidos, como una espada de antenas atrofiadas semejante a las del área cultural Miraveche-Monte Bernorio-Cogotas. Junto a ella se encontraba su vaina. La espada presenta una decoración en la cruceta a base de incisiones circulares, que probablemente estuvieron rellenas de hilo de plata. Hay asimismo una amplia serie de objetos diversos de hierro, muy deteriorados, alguno de los cuales pudiera corresponder a los restos de los arreos de un caballo; dos fíbulas anulares de bronce, un arete de oro y un

¹¹ G. Trías de Arribas: «Cerámicas griegas de la Península Ibérica», Valencia, 1967 y 1968, *passim*.

¹² D. C. Kurtz y J. Boardman: «Greek burial customs», Londres, 1971, págs. 143 y ss.

broche de cinturón que pertenece al tipo que Cabré [-185→186-] denomina andaluz¹³. La placa activa consiste en un rectángulo embellecido con decoración geométrica a base de volutas y motivos en S, en los que domina una total simetría; en la pasiva la decoración consiste únicamente en una serie de líneas paralelas longitudinales, punzonadas y líneas simples de granete apenas perceptibles¹⁴. El diseño de la placa activa se realizó mediante la técnica de damasquinado con hilo de plata. Este broche ofrece una similitud extraordinaria con uno hallado en un enterramiento post-hallstático de la provincia granadina, al que acompañaba, como en el nuestro, una espada de hierro de antenas atrofiadas, con su correspondiente funda, además de cuatro ejemplares de lanza y una hoz. Los componentes de este ajuar son para Pellicer «un simple pero interesante dato arqueológico explicativo de los complejos movimientos célticos conocidos de manera tan somera a través de las "fontes"»¹⁵. La estructura y decoración es también muy semejante a un broche de Cerro Amarejo, Bonete (Albacete) y a otro de Elche, el primero decorado también con damasquinado¹⁶.

Con respecto a la posible presencia celta en Castulo, no se puede hablar en la mayoría de los casos de conquistas, ni siquiera de una verdadera expansión continuada, sino más bien de filtraciones de bandas, o de la presencia de elementos culturales de los pueblos de la Meseta, debida a mercenarios o al comercio con el Sur y con el Levante Ibérico. [-186→187-] En este caso concreto, más que el producto del comercio con los pueblos situados al Norte de Sierra Morena, parece tratarse de la presencia en tierras de Jaén de mercenarios aislados procedentes de la Meseta, los cuales llegaron a adquirir, mediante las armas un cierto grado de «status» social en la sociedad guerrera castulonense, según parece desprenderse del ajuar de la tumba a que hemos aludido.

Existen en este tipo II, estructuras completamente vacías, que denotan no estamos ante un enterramiento propiamente dicho. Ello nos inclina a aventurar la hipótesis de que estas construcciones sin restos óseos, ni apenas ajuar, se dedicaban a cenotafios, mas de momento su significado real se nos escapa.

En la necrópolis de «Baños de la Muela» las cenefas de guijarros rodean encachados cuadran guaires en un caso y circulares en los dos restantes, en el primero la base de la tumba se recubrió con un lecho de cantos rodados¹⁷.

¹³ J. Cabré Aguiló: «Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata», en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIII, Madrid, 1937, pág. 94.

¹⁴ La decoración de la placa activa se halla en dos campos bien delimitados. La más cercana al gancho de sujeción es la que Cabré coloca en el primer grupo: J. Cabré Aguiló: «Decoraciones hispánicas», en *Archivo Español de Arte y de Arqueología*, vol. IV, Madrid, 1928, págs. 97 y ss. La inferior pertenece al segundo grupo de Cabré, loc. cit.

¹⁵ M. Pellicer Catalán: «Un enterramiento post-hallstático en Granada», en *Crónica del VI Congreso Arqueológico Nacional (Oviedo, 1959)*, Zaragoza, 1961, pág. 156 y fig. 2.2.

¹⁶ Cabré Aguiló: Op. cit. en la nota 14, figs. 1 y 2. Otras placas rectangulares con nielado son las piezas de Despeñaperros, Santa Elena, Jaén e Hinojares, todas en la provincia de Jaén, con una clara tendencia en su decoración a la abstracción, muy propia del arte celta. C. Fernández-Chicarro y de Dios: «Un broche de cinturón de tipología hispánica en la Colección Fernández Lampaya, de Jaén», en *Archivo Español de Arqueología*, vol. XXXI, Madrid, 1958, págs. 181-183. La placa de Osuna, en: A. García Bellido: «Iberische Kunst in Spanien», Maguncia, lám. 69. A. García Bellido: «Historia de España», dirigida por Ramón Menéndez Pidal, I, 3, Madrid, 1954, figs. 472-474. Uno de estos guerreros lleva sobre cinta de cuero un cinturón de bronce gemelo a los hallados en Palencia y en Lancia (León): véase L. Pericot García: «Historia de España, Épocas primitiva y romana», Barcelona, 1942, pág. 337. La placa de Osuna muestra el mismo motivo decorativo de una placa de Miraveche y del collar de Elviña (La Coruña): J. M.^a Blázquez Martínez: «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente», Salamanca, 1975, pág. 50.

¹⁷ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, págs. 143, 149 y 186, y figs. 74, 77 y 105.

Tipo III

Solamente se documenta en la fase antigua con un 15'78 % sobre el total (láms. 1 y 4.2).

Previo un somero excavado de la roca y recubrimiento como es usual con una capa de arcilla se depositan los restos humanos y las ofrendas, todo ello calcinado, en un confuso desorden. Se cerraba el espacio con un círculo de piedras medianas, no muy regular, de dos o tres hiladas, trabadas con tierra batida.

Al contrario de los tipos I y II en éste se suele encontrar el ajuar completo, por la sencilla razón de que no han sido violadas. Generalmente los mismos son muy pobres, quizá los antiguos saqueadores conocían este extremo. No se observa en ellos cerámica de importación. En un único caso el ajuar, por su contenido, es indicativo de su pertenencia a un guerrero, consiste en una falcata doblada ritualmente, un *solliferreum*, una lanza de la que se conserva parte de la hoja y el cono de empuñadura, asideros de escudo y un bocado de caballo, además de dos fíbulas anulares y una serie de pequeñas piezas de pizarra, rectangulares, cuadradas y romboidales, con los bordes biselados, y otras de hueso en forma de cuña o circulares. El ajuar cerámico se componía de tres vasos comunes pintados y un cuenco con el pie realzado de barniz rojo. [-187→188-]

Ejemplares de este tipo se corresponden con el tipo A de la necrópolis de «Baños de la Muela»¹⁸.

Posiblemente la cubrición tendría carácter tumular, no muy voluminosa, al igual que el tipo IV, variante del III.

Tipo IV

Se halla en la fase arcaica en pequeña proporción (10'52 %) y predomina en segundo lugar en la fase moderna (30'76 %) (lám. 2.1).

Presenta las mismas características del tipo III, excepto que su forma general es cuadrada o rectangular, y al igual que aquél se corresponde con estructuras de la necrópolis de «Baños de la Muela», tipo B¹⁹.

Emeterio Cuadrado²⁰ considera que «esta clase de enterramientos, heredado de la mezcla de las culturas "de los túmulos" y "de los campos de urnas", que se desarrolla en la Meseta castellana y en el Ebro y llegando al SE. por el camino de la Mancha, y al Cigarralejo por la cuenca alta del Segura, son de una época que variará poco de principios del siglo IV a. C. o finales del V». No es de extrañar pues el hallazgo de este tipo de tumbas en Castulo, relacionado, desde fechas muy altas, tanto con la Meseta como con la zona del SE. y Levante.

En estos dos tipos, como en los anteriores se hallaron abundantes fragmentos de hueso sin quemar, pertenecientes a animales. Las especies halladas más numerosas se refieren a caballo, buey, perro, cerdo, cabra/oveja. Puede tratarse, según se indicó más arriba de restos de los banquetes funerarios, o en el caso del perro y caballo, la ofrenda de los mismos destinados a acompañar al difunto en su camino al mundo de ultratumba.

¹⁸ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

¹⁹ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

²⁰ E. Cuadrado Díaz: «Las tumbas ibéricas de empedrado tumular y la celtización del Sudeste», Crónica del II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951), Zaragoza, 1952, págs. 247-267. E. Cuadrado Díaz: «Una interesante tumba ibérica en la necrópolis del Cigarralejo», en Archivo de Prehistoria Levantina, III, Valencia, 1952, 117-132. E. Cuadrado Díaz: «Tumbas principescas del Cigarralejo», en Madrider Mitteilungen, 9, Heidelberg, 1968, págs. 148-186.

Tipo V

Los enterramientos en cistas son exclusivamente de la fase arcaica (5'26 %), aunque no hay que descartarla existencia en la posterior y su [-188→189-] desaparición debido al intenso grado de deterioro en que ésta se halla. Como quiera que han aparecido violadas —las losas de cubrición fueron rotas y arrojadas lejos—, no se conoce el componente del ajuar. Por lo que se refiere a la construcción, se realizaba con posterioridad al depósito de huesos y cenizas sobre la capa de arcilla previamente preparada. El método es sencillo, primero se cava un hoyo de mayores dimensiones y luego se colocan las lajas verticalmente, las cuales a veces se refuerzan con gruesas piedras al exterior. En el «Estacar de Robarinas» (campana de 1973) se halló una cista cuya función consistía en ser el receptáculo de una urna cineraria ²¹, hecho que también se destaca en la necrópolis de «Los Patos» ²². También en Robarinas (campana de 1976) ²³, apareció una cista que tiene al parecer carácter cenotáfico, pues en ella no existe enterramiento, sino un depósito de objetos: cuentas de ámbar, plata y piedra, aros de bronce, caracoles marinos y un alambre de bronce, posiblemente un asa. Cistas violadas hay en la necrópolis de «Baños de la Muela» y «Casa Blanca» ²⁴, ésta dentro de un túmulo. En el interior del túmulo de «Los Higueros» se documentó asimismo una cista, en el lado Oeste, hecha con grandes lajas de piedra caliza que no contenía nada en el interior ²⁵. Otra cista de «Los Patos» contenía un enterramiento de inhumación, hecho muy extraño en una necrópolis de incineración ²⁶.

Tipo VI

La tumba en fosa simple se presenta en la fase antigua (15'78 %). Hay que distinguirla de las zonas de cenizas mezcladas con huesos de animales y restos de ajuar que suelen ser componentes de ofrendas asociadas a alguna tumba, restos y testigos de ceremonias simultáneas o posteriores al enterramiento, quizás de los mismos o similares ritos a que aludíamos en páginas anteriores. Generalmente estas ofrendas ocupan un espacio reducido de terreno, el de una hoguera de poca envergadura, a veces se hallan delimitadas por un murete compuesto de una sola hilada de piedra. Las ofrendas se documentan tanto en la fase arcaica como en la moderna. [-189→190-]

Las fosas destinadas a enterramiento, excavadas en el suelo de base, como el resto de los expuestos, y al igual recubiertas con una capa de arcilla, pueden llegar a tener hasta 1 metro de largo por 0'50 metros de ancho, aunque no adquieren una forma regular. Por consecuencia de su misma estructura y características, no parece que en su momento hubiera algún signo exterior que las distinguiera, como losas horizontales o verticales, o siquiera un montículo coronado por una losa hincada, han sido halladas intactas. Las cenizas, huesos y ajuar, éste completamente calcinado, se hallan mezclados sin orden alguno. El componente del ajuar parece representar a un tipo medio de individuo dentro de los estamentos sociales, que lo mismo puede ser hombre que mujer —hay de ambos sexos—, pero sin una caracterización especial que pueda denotar un oficio o actividad determinada. No existen en estos enterramientos ofrendas cerámicas, pero no por ello

²¹ Blázquez Martínez Remesal Rodríguez: Op. cit. en la nota 1, pág. 348.

²² Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, págs. 50 y 51.

²³ Blázquez Martínez y Remesal Rodríguez: Op. cit. en la nota 1, págs. 364 y *as.*, lám. LI, 3-4.

²⁴ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 128.

²⁵ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 419.

²⁶ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 84, fig. 55.

están ausentes los objetos no cotidianos, adornos, como son anillos, aretes, pulseras, ciertas cuentas de pasta vítrea, broches de cinturón, fíbulas, vidrios, en general se puede decir que todas las piezas de estos ajuares son de pequeñas dimensiones. Si bien no denotan opulencia sí una cierta holgura económica que permite la adquisición de objetos foráneos, que no podían estar al alcance de aquellos que no dispusieran de un excedente en sus productos.

Este tipo se corresponde con el tipo E de la necrópolis de «Baños de la Muela»²⁷.

Tipo VII

Los enterramientos en urna, tanto en la fase arcaica (15'78 %), como en la moderna (7'69 %), son los más sencillos de la serie expuesta. Ya hemos indicado el tratamiento a que se sometían los huesos antes de introducirlos en la urna. Posteriormente, después de ser tapada con un plato que suele ser de barniz rojo o gris, generalmente cuencos de paredes curvas y pie realzado, se depositaban en tierra, a veces sobre una losa que la aislaba del suelo, otras en un receptáculo, semejante a una cista, como ya vimos en «Los Patos» y en la misma Robarinas. En la última excavación de la necrópolis de Robarinas una urna se halló adosada a una cista, en un pequeño receptáculo compuesto por tres grandes piedras rodadas. En general suelen estar calzadas [-190→191-] con piedra, a veces se recubre toda su superficie con una capa de piedra trabada con barro, en otras solamente se coloca alrededor un círculo que la mantenga en posición vertical.

No hemos observado en ninguno de los enterramientos en urna la presencia de ajuar, sí por el contrario, su asociación a otro tipo de enterramiento, como es el caso indicado arriba o bien asociado a enterramientos de los tipos III y IV (lám. 3.2).

En la mayoría de las necrópolis de la zona el porcentaje de enterramientos en urna es muy pequeño, al igual que ocurre en «El Estacar de Robarinas»; se han hallado en pequeña proporción en «Los Patos»²⁸, y «Casa Blanca»²⁹.

Tipo VIII

Los grandes monumentos sepulcrales, aunque en el área últimamente excavada en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», apenas ha aparecido un testigo, del que luego hablaremos, son frecuentes en la zona arqueológica de Castulo, aunque lógicamente, no numerosos. La aparición de la arquitectura monumental y la correspondiente emersión de cultos sacrificiales y funerarios, indican un alto grado de estratificación social y acumulación de riqueza, poder y prestigio en manos de unos individuos seleccionados, que hacían distinguir marcadamente la tumba. Estos solemnes sepulcros para la aristocracia, y jefes que concentraron en sus manos la riqueza y el poder, son el índice más fiable de una sociedad aristocráticamente organizada.

Diversas fuentes literarias señalan en qué estriba la verdadera importancia de la ciudad de Castulo: estaba situada en una zona minera, no lejos de una región que se llamaba, según Estrabon (III, 14, 8), Monte Argentarlo o Sierra de la Plata³⁰. Probablemente la misma Baebelo y los pozos abiertos por los cartagineses (NH 33, 96. Pol. 10, 38, 7) y que aún se hallaban en explotación en época de Plinio o de las fuentes utilizadas

²⁷ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

²⁸ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, págs. 41 y ss.

²⁹ Blázquez Martínez: Op. cit. en la nota 2, págs. 219 y ss.

³⁰ Sobre el *Mons Argentarius*, véase R. Contreras de la Paz: «Linares y el Monte de Plata», en Linares, 36, págs. 45 y ss.

por el escritor latino para su obra, que son la *formula prouinciarum* y el mapa de Agripa, confeccionados ambos con fines fiscales, debieron estar situados en las proximidades de Castulo.

Esta riqueza en plata de la región explica satisfactoriamente algunos hechos indicados por la arqueología y por las fuentes literarias, [-191→192-] como la importancia y las relaciones comerciales que la ciudad mantuvo ya en el período orientalizante de la Península. La ciudad debió mantener un comercio muy activo en pleno siglo VI a. C., primero con los fenicios que estaban interesados principalmente en obtener plata de Tartessos (Diod. 35, 3) y después con griegos y cartagineses, que venían a Turdetania en busca de plata (Her. I 163; IV, 152). El colapso de Tartessos potenció enormemente la zona de la Alta Andalucía y especialmente la de Castulo, lo que dio lugar a que en los siglos V-IV a. C., se produjera una época de esplendor, que propició el crecimiento de las grandes fortunas.

Estas familias, enriquecidas con el comercio de la plata, son las que erigieron los grandes monumentos sepulcrales. Los restos de uno de ellos encontrados en Robarinas, consisten en dos lienzos en escuadra, compuestos de sillares toscamente labrados, de dimensiones irregulares, aunque en términos generales los de mayor tamaño y envergadura están colocados en las esquinas. En una de ellas, componiendo la misma se halló un fragmento escultórico que reconocimos como la testuz mutilada de un toro, hecho en arenisca de grano fino (láms. 2.2; 3.1)³¹. La construcción debió hallarse sometida a un intenso deterioro, ya que se encuentra en el borde de un promontorio muy visible desde numerosos puntos de la vega del Guadalimar, y de ahí que no haya llegado a nosotros más que lo indicado. En la campaña de 1976, en el «Estacar de Robarinas», apareció una construcción, también muy deteriorada, que se interpretó como un túmulo escalonado, junto al que aparecieron abundantes fragmentos escultóricos de bulto redondo, lo que hace suponer que adosado al monumento había un grupo escultórico³². El mejor conservado hasta el momento es el túmulo de «Los Higueros»³³, consistente en una construcción de planta rectangular. La base está realizada con un muro de dos hiladas de piedra, simplemente trabadas entre sí, sin mortero. Apoyadas en las mismas se levantan tres hiladas de adobe dispuestas al exterior en forma escalonada. De la cubierta no se ha conservado resto alguno. [-192→193-] Al exterior rodea la estructura sepulcral una greca perfectamente confeccionada a base de guijarrillos de color blanco y negro. Puesto que el túmulo se halló violado no se ha podido obtener la información deseada sobre su contenido.

La zona de Castulo, que conoció un enorme florecimiento a partir del siglo V. a. C. y hasta la llegada bárquida, ha de ofrecer aún muestras más señaladas de las grandes construcciones funerarias; esperamos que futuras excavaciones las ofrezcan al conocimiento de todos. [-192→láminas-]

³¹ Las grandes tumbas violadas y destrozadas, sin duda estaban adornadas con relieves o esculturas de bulto redondo, que abocadas al vandalismo en el transcurso de las luchas internas de unos pueblos oretanos contra otros o durante las incursiones de las tribus lusitanas o celtíberas, fueron deshechas. Los bloques componentes de cabezas o troncos, fueron posteriormente reutilizados en la fábrica de estructuras sepulcrales, como en el caso de la cabeza del toro, o el cuello de un caballo, también aparecido en las últimas campañas de excavación de «El Estacar de Robarinas», en una tumba de tipo II.

³² Blázquez Martínez y Remesal Rodríguez: Op. cit, en la nota 1, pág. 363.

³³ Sánchez Meseguer: Op. cit. en la nota 2, págs. 416 y as., fig. 180.



Lámina 1. Vista parcial de los enterramientos del tipo I (al fondo y en primer plano). En el centro, enterramiento del tipo II.



Lámina II. 1. Enterramientos del tipo II (izquierda), del tipo IV (derecha). 2. En primer plano, enterramiento del tipo II. Al fondo, lienzo de un monumento funerario muy deteriorado.

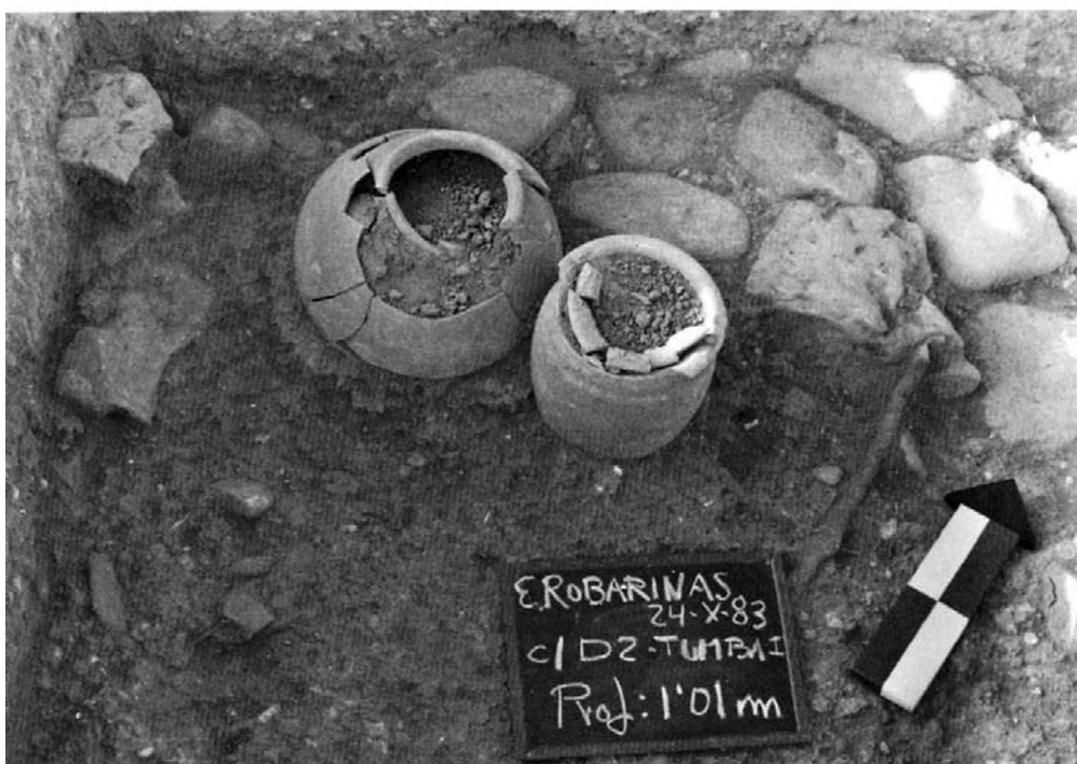


Lámina III. 1. Fragmento escultórico reutilizado en la construcción de un monumento funerario (detalle). 2. Enterramiento del tipo VII.



Lámina IV. 1. Cenefas de guijarros, componentes de enterramientos desaparecidos (izquierda). *Ustrinum* (derecha). 2. Enterramiento del tipo III, en el que se pueden apreciar restos del ajuar metálico quemado y fragmentos cerámicos.